

Los matices de Eva: sobre el eterno femenino.
Maribel García Morales.

Bogotá: Común Presencia Editores, 2004.

Primera versión recibida: 1 de abril de 2005;
versión final aceptada: 5 de mayo de 2005 (Eds.)

Un doble desafío asume Maribel García Morales en su libro *Los matices de Eva*: brevedad narrativa y el orbe femenino. Y tal desafío se hace evidente cuando el universo complejo e inasible de la mujer pretende ser recreado merced a una deliberada economía expositiva. Pero la autora sale airoso de su propuesta gracias a la concreción temática, al juego de paradojas que le devuelve a la literatura el valor agregado del humor y la ironía, al sarcasmo frente a la condición femenina, al desprecio por la retórica sentimental y, sobre todo, a un bien ejercido desdén ante el revanchismo del que suelen hacer gala ciertas autoras feministas, puestas en guardia ante una falocracia que aunque la sociología admite la literatura —que no cree en ficción masculina o femenina— repudia.

Es probable que los logros de Maribel García Morales obedezcan a una hábil alianza entre la poesía y el humor negro, como sucede en el cuento “La mujer de agua”, o a cierto afán —aunque discreto— del pensar filosófico, como se advierte en “La mujer de barro”. Igualmente son notables los aciertos en “La mujer de crin”, en el que una abierta zoomorfización femenina amplía los territorios de la sensualidad. Si hubiese que señalar un común denominador en los treinta y siete relatos de *Los matices de Eva* habría que subrayar la panteización de la mujer, una voluntad pertinaz por reivindicar, sin la menor intención peyorativa o apologética, su calidad de hembra, y en tal condición reintegrarla a los diversos ámbitos de la naturaleza: agua, fuego, bestia, barro, sexo, aunque sobre la animalidad de sus apetencias se impone siempre el factor humano: soledad y tristeza, frenesí y ansiedad. En cualquier caso, prima en todo momento una voluntad desdramatizadora, que salva a la mayoría de los textos de la tentación moralizante o detractora, tan propia de los airados reclamos que, escuchados tras la ficción, pergeña el fundamentalismo de género.

No obstante los méritos señalados, algunos textos carecen de cierta mínima autonomía al suscribir “homenajes” tan socorridos como innecesarios, y que se convierten en víctimas de la dependencia libresca: la “versión” de Ulises y las sirenas, el “revival” de la tragedia de Gregorio Samsa, la evocación o actualización en detrimento de la imaginación con sello personal de temas sacados de Homero y la Biblia, de leyendas de la Edad Media o de clásicos de la modernidad. Tampoco hay excusa para algunos ejemplos de tremendismo, como sucede con “La mujer de fe”, ni otros en los que la autora sucumbe ante los riesgos del exotismo fácil, como leemos en “La mujer de magia”.

Pero el mundo femenino es tan insondable como aleccionador, sobre todo cuando quien nos guía en ese a menudo tortuoso camino es una mujer que sabe transitar en espacios tan capciosos como la ambigüedad. Porque, ¿existe algo más ambiguo que el ámbito de la mujer, en particular el de esa mujer que al escribir sobre sus congéneres se piensa a sí misma? No hay en este sentido un texto más hermoso y sugerente que “La mujer de bálsamo”, en el que, a pesar de trabajar un asunto clásico y de dominio universal, la autora le otorga gravitaciones fascinantes. Se trata de un cuento que sin vacilar podemos calificar de modélico.

Vale señalar, finalmente, dos fallas de estructura, por otra parte subsanables en posteriores ediciones. En primer lugar, ¿por qué prevenir al lector con un Prólogo, máxime cuando ese Prólogo es confuso e inexacto? La prologuista convierte a “La mujer de sal” en “La mujer de sol” pero, no satisfecha con ese cambio de naturaleza —que, aunque puede ser una errata se magnifica a continuación al patentar un error— le enmienda la plana a la Biblia cuando llama Rut a la mujer de Lot, contrariamente a la inominada protagonista de lo que se narra en el libro del *Génesis* (19, 26). En segundo lugar, la autora quiere, con “La mujer de tinta”, escribir un Epílogo en forma de cuento —por lo demás sugerente— pero al incluir en el mismo el título del libro que el lector tiene en sus manos cae en la mayor de las ingenuidades narrativas: explicar lo que es obvio.

En cualquier caso, *Los matices de Eva* es un volumen afortunado, del que a lo dicho inicialmente vale añadir su fecundidad argumental e imaginativa así como la pulcritud de la prosa, hábil, diestramente descriptiva, sin arandelas retóricas y a menudo poética. Con este libro, Maribel García Morales hace un aporte significativo a la más bien famélica narrativa de sello femenino de nuestro país.

R.H. Moreno-Durán
Escritor